

CARTA ABIERTA A PEDRO LAÍN ENTRALGO

El pasado día 24 de febrero publicamos un extenso artículo de Claudio Sánchez-Albornoz titulado «El drama de la formación de España y los españoles». En su sección habitual de «Gaceta Ilustrada», el académico Pedro Laín Entralgo dedicó dos artículos a replicar las tesis de Sánchez-Albornoz. Laín Entralgo es hombre querido y admirado desde siempre en este periódico y nuestras páginas

han estado abiertas en todo tiempo a su colaboración. Sánchez-Albornoz nos envía ahora una carta de réplica a Laín. Sin entrar ni salir en una polémica entablada entre dos intelectuales que tienen nuestra admiración y gozan ambos de general estima, publicamos a continuación la carta de Albornoz en nuestro permanente propósito de abrir liberalmente nuestras páginas a las diversas opiniones.



Américo Castro



Sánchez-Albornoz



Laín Entralgo

Insigne colega:

Parece que le han hecho pupa mis palabras sobre su inconsulto castrismo. Van a herirle aún más otras alusiones a sus teorías de mi librito *El drama de la formación de España y los españoles*, del que constituían un epílogo las páginas aparecidas en A.B.C. Las ha calificado de lamentables. No me arrepiento de ellas porque han brindado a los españoles una esperanza frente al mañana con ideas que usted no ha podido menos de elogiar, eso sí, atribuyéndolas a Castro porque le ha venido en gana.

Va a hacer dos años que al leer su ensayo *A qué llamamos España* le escribí amablemente llamándole la atención sobre el error que suponía admitir las cinco caracterizaciones por Castro de los españoles, previniéndole contra lo tajante de su dicotomía de la religiosidad hispánica e invitándole a revisar sus afirmaciones sobre la acción de Castilla en España. Nunca he recibido respuesta a mis observaciones.

Poco después, en una revista catalana, me combatieron sañudamente los acólitos de Castro, y su hija dio a la stampa una página inédita de su padre que Américo no había querido publicar, página en que me calificaba de deficiente mental.

A la muerte de Castro había escrito unas líneas amables y me había prometido poner fin a la polémica. Su actitud personal y la de los familiares y secuaces de mi antiguo amigo me convencieron de que ustedes no querían la paz. Y no tuve por qué seguir guar-

dando silencio ni por qué seguir siendo benévolo en mis juicios.

No me habría sorprendido que movido por su reciente devoción castrista —antes había reconocido la exactitud de mi doctrina— hubiese llegado a romper una lanza por Castro al leer mis páginas de A.B.C. Me sorprendió, sí, que, aparte de mil equilibrios en el alambre, me injuriase con saña. No me han alterado, empero, el pulso sus injurias: porque no agravia quien quiere, sino quien puede, y existe un gran desnivel moral entre usted y yo.

No sé si todos en España conocen mi trayectoria histórica. Muchos saben, sin embargo, que me jugué mi cátedra contra la dictadura de Primo de Rivera; que en defensa de los fugitivos de la zona nacional que acudían hasta mí resistí en Lisboa las amenazas de secuestro de mis hijos; que por parecerme monstruosa la guerra civil, busqué la paz entre los españoles; que me hice desheredar por mis padres; que logré escapar de las garras de los nazis y que llevo treinta y siete años emigrado. Habría podido volver a España hace mucho tiempo si me hubiese dado la gana; y hace bastante que me habrían recibido con bombo y platillos. Me he negado siempre al retorno, pero he hecho algo más. Me he negado a pedir la devolución de mis libros, a solicitar una beca March, a recibir una indemnización por los atropellos que me habían hecho, a consentir en que generosamente me devolvieran mi sillón académico y a solicitar y a percibir la jubilación de ex mi-

nistro a que tengo derecho. Y vivo modestísimamente y solo, pero activo y digno, en el exilio. No he sido como Castro, un anual veraneante norteamericano en España. No volví a abrazar a mis hijos hasta que, en 1953, los italianos me *invitaron* a concurrir a la primera *Settimana* de Spoleto, ocasión en que ellos salieron a verme. Cuando la Providencia me otorgó el premio Feltrinelli, le compartí con los pobres de Avila y de Buenos Aires, y a los primeros van los emolumentos por mis colaboraciones periodísticas.

Me es ingrato confesar estas cosas, pero me he visto obligado a ello para marcar las diferencias morales que nos apartan. Entretanto, usted sirvió al Régimen, aparentó convertirse al liberalismo cuando creyó al Régimen caduco, pero procuró «nadar y guardar la ropa», y no arriesgó *ni el negro de una uña*, que diría Sancho. Con una *heroica prudencia* siguió bien acaballado en la situación —becas suculentas, cátedras, sillones académicos, viajes...—. Ridruejo, auténticamente convertido a la democracia, honestamente se exilió y honestamente padeció dura cárcel. Otros disidentes nunca han aceptado cátedras ni becas.

No agravia quien quiere, sino quien puede. Todo el mundo ha leído en *De mi anecdotario político* mis elogios a muchos republicanos. Y nadie se ha asombrado de que, fiel a la verdad histórica, haya juzgado en parte culpables de la pérdida de libertad en España durante casi cuatro décadas a algunos hombres de la República.

No; no agravia quien quiere, sino quien puede, y a usted le falta autoridad moral para enfrentarme.

No quiero seguirle en su defensa de la tesis castrista, ni quiero convencerle de sus errores. Si usted es tan genial como para *comulgar con ruedas de molinos*, siga aceptando las facecias de Américo. En mi reciente obra *Del ayer de España* he reunido mis réplicas a Castro. Y todavía estoy esperando que alguien *científicamente* se atreva a demostrar que son erróneas las páginas de mi *España, un enigma histórico*, como yo hice con *España en su historia*. Es usted incapaz de hacerlo. Si lo fuera no habría acudido a la injuria; habría intentado probar mis torpezas. No creo ni siquiera en la sinceridad de su conversión al castrismo. Su confesión de que a la obra de Castro le falta el trasfondo social, económico y político acredita que ha aceptado el castrismo como una preventiva vacuna izquierdista contra un posible radical cambio político en España. Pero se engaña. Esa vacuna no va a salvarle.

¡Feliz dicotomía la suya! ¡De Aristóteles a Chamberí! Me ha abrumado con la confesión de sus lecturas. ¡Ma che que cosa bárbara!, que dirían en Buenos Aires. Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant... «Lo que sabe este tío», dirían en Chamberí. No le vendría mal, empero, leer un poco de Historia de España. «Bebo el chipre en copas de oro», hacía decir a Alejandro, dirigiéndose a Diógenes un poeta que íbamos en el colegio durante mi niñez. «Yo bebo el agua en la mano», replicaba el filósofo. Orgullosamente usted declara leer a Kant; humildemente yo reconozco que leo el A B C.

Debo confesar que han acabado divirtiéndome sus páginas. Para rimar con la crítica y sombría postura de los castristas frente a España ha escrito algunas lindezas. Una de las más peregrinas es el trallazo al catolicismo de los españoles al asombrarse de sus picardihuelas para ahorrarse una parte de los impuestos. Esa crítica me ha recordado una exclamación de mi bisabuela: una señora *trés collé montée*, que dirían los franceses, pero muy mal hablada. Con gran asombro mío la oí decir un día una gracia que luego he leído en la novela *Cien años de soledad*, de García Márquez: «¡Qué tiene que ver el c... con las cuatro temporadas del año!»

Y no quiero terminar sin hacer dos declaraciones. Siento por usted una gran admiración precisamente porque posee dos cualidades de que yo carezco: la que he llamado *heroica prudencia* y la habilidad maniobrera; y escribo esto por experiencia personal.

Para lamentar la publicación de mi artículo en A B C, se ha arrogado la representación de mis viejos amigos. Pero es el caso que usted no ha sido nunca sino un conocido que yo recibía cortésmente en mi casa, cortésmente aunque en guardia —como le recibían Asúa y todos los republicanos—. Un conocido que no se atrevió nunca a escribirme desde Madrid por temor a perder sus sinecturas no se aventuró a adherirse al homenaje que al cumplir mis setenta años, en 1963, me ofrecieron colegas, amigos y discípulos; homenaje al que fue repetidamente invitado y al que se adhirieron muchos españoles ortodoxos y muchos disidentes.

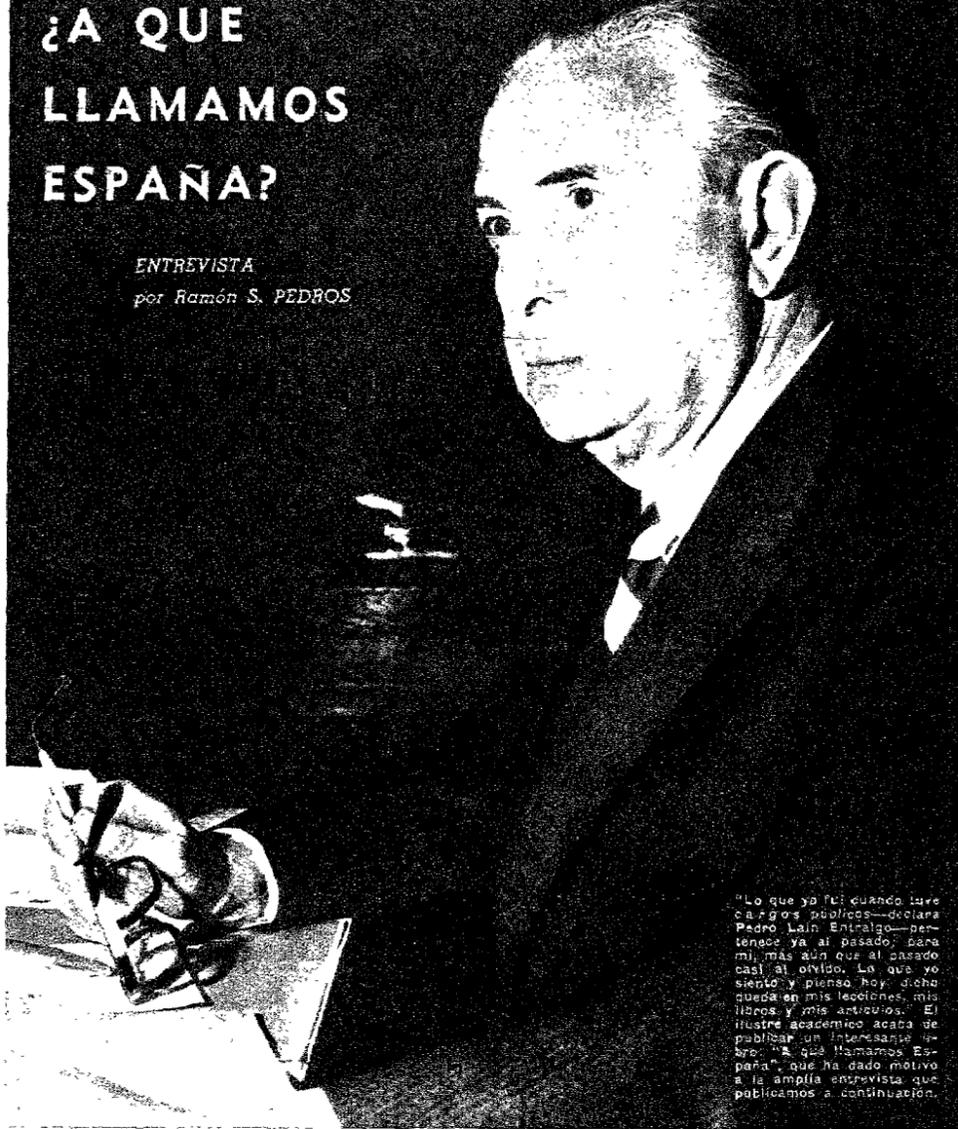
No se arrogue la representación de mis viejos amigos para llorar por mi supuesta inconducta. Mis viejos y auténticos amigos, que no han tenido nunca su *heroica prudencia*, siguen siéndolo y muy leales. Y me honro con la amistad de cuantos en las buenas y en las malas, ayer y hoy, han estado y están a mi lado, sin coincidir a veces con mis opiniones políticas, pero coincidiendo sí con mi altiva humana honestidad personal. Alguno de ellos hace quince años se atrevió el primero a romper el círculo de silencio trazado por el castrismo en torno a mí en la *Prensa de España* y a quebrar una lanza en elogio de mi *España, un enigma histórico*.

Y vaya una observación final. Me ha divertido que admirando mis palabras sobre el entrecruce entre la libertad y la historia y mis teorías sobre la vida política, haya

PEDRO LAIN ENTRALGO

¿A QUE LLAMAMOS ESPAÑA?

ENTREVISTA
por Ramón S. PEDROS



«Lo que yo fui cuando iba a los 20 años públicos—declara Pedro Lain Entralgo—pertenece ya al pasado; para mí, más aún que al pasado, casi al olvido. Lo que yo siento y pienso hoy, debía quedar en mis lecturas, mis libros y mis artículos». El ilustre académico acaba de publicar un interesante libro: «¿A qué llamamos España?», que ha dado motivo a la amplia entrevista que publicamos a continuación.

En julio de 1971, y en estas mismas páginas dominicales de A B C, publicáramos una extensa entrevista con el ilustre académico don Pedro Lain Entralgo, cuyo libro «A qué llamamos España» despertó mucho interés en los medios intelectuales españoles y alcanzó un gran éxito. El autor de la entrevista cubrió de justos elogios la obra del prestigioso académico y científico.

dicho: «Esto es castrismo». Las he concebido y escrito antes de que Américo se metiera en harina. Por ese camino un día de éstos le veo atribuyendo a Castro el Padre nuestro.

Yo podría en cambio, sin ningún esfuerzo, ir señalando la multitud de pasajes de las postreras ediciones de *España en su historia* y de los diversos ensayos de Castro, posteriores a la aparición de mi *España, un enigma histórico*, en que Américo ha ido recogiendo velas, cambiando sus viejas afirmaciones y aceptando las mías, eso sí, callando el retroceso y la adaptación. Puedo brindar a los lectores muchas páginas con estos trueques y adaptaciones inconfesadas. Y las reuniré si ustedes me molestan demasiado.

Su exabrupto me ha dejado, sin embargo, mal sabor de boca y no por su intento de herirme —repito que no agravia quien quiere sino quien puede—. Me ha dejado mal sabor de boca, porque, como usted reconoce, las polémicas en España se convierten en batallas. Y esa realidad me hace pensar que,

contra su opinión, perviven las características de los españoles primitivos. Que sigue triunfando en nosotros la *vehementia cordis* que nos atribuía Plinio. Y que seguimos buscando en casa el enemigo cuando no lo tenemos fuera, según decía Pompeyo Trago.

Pero basta. Le invité antaño y le invito hoy a hacer una encuesta entre los auténticos historiadores. Ella permitirá acaso añadir una definición nueva al Diccionario de la Academia: «Castrista: Presuntuoso escritor que ignora la historia de España.» Ella le conviene a usted, al menos, como anillo al dedo.

Y nada más. Este eterno aprendiz de historiador saluda humildemente a uno de los genios de la raza española. Y perdone la chunga. En una lejanísima zarzuela un chulo decía a otro: «Que te crees tú eso pero que no es eso.»

Claudio SANCHEZ-ALBORNOZ

3 abril 1974.